GARRAS DE VISON

por Alejandro Delgrado

autor de «LA SED»

Mayra se ajustó convenientemente las medias ante el espejo del dormitorio y después volvió a bajarse la falda tubular procurando alisar las arrugas que se habían formado. Estudió su aspecto durante unos segundos, se retocó ligeramente el maquillaje y atusó levemente su peinado con la mano. Volvió a contemplarse y pareció satisfecha de sí misma. Desde el salón le llegó la voz de Oscar.

–¿Una copa?

Mayra sonrió ligeramente y repuso alzando la voz.

–¿Sabes la hora que es? Tengo que madrugar para ir al trabajo.

–¿Por qué no te quedas? Al fin y al cabo tu oficina está más cerca de aquí que de tu casa –continuó Oscar a sabiendas de que ella no cedería.

Mayra apareció radiante en el salón. Era una de esas mujeres que tienen el secreto de hacer un largo viaje en tren y permanecer impecables hasta el fin del trayecto, mientras las demás descienden del vagón con el aspecto de haberse pasado la noche empinando el codo, en lugar de haber dormitado en un asiento de primera clase. Oscar la contempló detenidamente mientras sostenía una copa en cada mano.

–Son cerca de las dos querido –dijo avanzando lentamente–. Conozco esa sonrisa, pero voy a ser inflexible.

–¿Es tuya aquella frase de que segundas partes nunca fueron buenas? –interrogó Oscar sin dejar de sonreír.

–¿Te atreverías a escribir una segunda parte de «Lo que el viento se llevó»? –repuso Mayra tomando la copa que él le tendía.

–Eso es todo un cumplido, pero esta noche quizá lo hiciera –afirmó mientras la enlazaba por el talle.

Se besaron apasionadamente y la mitad del contenido de las copas cayó al suelo. Ella hizo ademán de protestar, pero cedió al abrazo y correspondió a la caricia. En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Mayra se separó instintivamente e interrogó a su amante con la mirada. Oscar abrió sin pérdida de tiempo. En el pasillo se encontraba el conserje con un voluminoso paquete envuelto en un saco de plástico.

–¿Qué ocurre? –preguntó Oscar.

–Es un abrigo muy valioso, señor. No hubiéramos podido pegar ojo en toda la noche, es una responsabilidad tenerlo en casa. Mi mujer vio luz y... –concluyó el portero.

–¿Un abrigo?

Mayra se sentó en el brazo del sillón y encendió un cigarrillo.

–De la señora, señor –explicó el empleado–. Lo trajeron esta tarde. Se conoce que la señora lo mandó para que lo conservaran durante el verano y luego la pobre...

Mayra les volvió la espalda y encaminándose hacia la ventana contempló la

ciudad envuelta en sombras.
–Comprendo –dijo Oscar–. ¿Ha tenido que pagar algo?
–No, señor. Dijeron que ya pasarían la factura. Yo no me hubiera perdonado si por haberlo tenido esta noche en casa... en fin, una responsabilidad. Mi mujer dijo...
–Está bien, muchas gracias –interrumpió Oscar–. Buenas noches.
Cerró la puerta y depositó el gran saco de plástico sobre el respaldo de un sofá. La expresión de su rostro se había tornado excesivamente dura, como para no dejar traslucir ningún sentimiento. Se acercó a la muchacha, pero Mayra le rechazó suavemente.
–Lo siento –dijo ella–. No puedo competir con un fantasma vestido con abrigo de visón auténtico –Y tras unos momentos de silencio, rogó–: Perdona, no he estado muy afortunada.
Se abrazaron y Oscar hundió la cabeza en el hombro de la muchacha. La joven se separó levemente y le besó con cariño. El temblaba ligeramente pero correspondió al beso que se fue haciendo apasionado. En aquel instante se oyó un sonido como de algo que resbala y luego un golpe ahogado. Los dos amantes volvieron la cabeza. El abrigo había caído al suelo.

Cuando Mayra se hubo marchado, Oscar, a pesar de la avanzado de la hora, se sirvió una generosa dosis de whisky y permaneció sentado en el salón perdiendo la noción del tiempo. La intempestiva llegada del abrigo el había conmocionado de tal forma, que había removido tal cúmulo de recuerdos y de sensaciones que creía ya olvidados, que consideró inútil acostarse porque no habría podido conciliar el sueño.
Intentó acusarse a sí mismo de no tener sentimientos, considerando que, apenas transcurridos tres meses desde la muerte de Laura, ya había otra mujer en su vida, lo que por otra parte dejaba bien claro que si algo le sobraba era capacidad para sentir. Lo de Mayra no era una relación fugaz ni un mero desahogo físico, la amaba como en otro tiempo amó a su esposa, la necesitaba con tanta vehemencia como a Laura durante el tiempo que duró su matrimonio. No podía imaginarse el vivir solo, y a pesar de su aparente carácter resuelto, el tiempo le había demostrado que necesitaba de una mujer a su lado para conseguir un equilibrio psíquico y una tranquilidad espiritual. El lado físico de la relación, sin parecerle desdeñable, no era sino un complemento, una fuerte atadura que ayudaba a fortificar la unión común, nada que tuviera un comienzo y un fin en sí mismo.
Esto último lo había podido comprobar durante el mes escaso que duró la fulminante enfermedad que acabó con su esposa. Mientras Laura se iba debilitando día a día en el lecho del hospital, él permaneció constantemente a su lado no permitiéndose siquiera acudir una sola vez a los estudios desde donde le reclamaban para modificar unas líneas de algún guión. Incluso cuando el cerebro de Laura ya no regía a causa de la terrible presión ejercida por el tumor, cuando de sus labio surgían incoherencias y ni siquiera reconocía a su marido, Oscar continuó a su lado contemplando sin pausa la horrorosa transformación de aquel rostro que llegó a ser irreconocible cuando se produjo el fin.
Durante los minutos que precedieron a su muerte, mientras Laura se debatía en la locura y la agonía, Oscar no cesaba de hablarle rogándole que no le abandonara, intentando hacerle comprender que no podría sobrevivirle. Pero por toda respuesta Laura abría desmesuradamente unos ojos vidriosos, y estrábicos, mientras lo que fue su hermosa boca se contraía en un rictus salvaje. Sólo unos

segundos antes de expirar pareció recobrar un hálito de lucidez y sus ojos se fijaron en los de su marido con profunda tristeza. Oscar, viendo aproximarse el irremediable final, perdió por completo la serenidad y sintiéndose ya completamente solo en el mundo exhaló un «¡No me dejes!» patético. La última chispa de vida fue alejándose hacia el fondo de los ojos de Laura y su aliento se extinguió al mismo tiempo que el eco de la súplica de Oscar, quien entre sollozos gritó desesperadamente: «¡Vuelve, Laura, vuelve a mi lado!»

En algún departamento de la casa, un reloj de pared dio las tres. Oscar, saliendo de su ensimismamiento depositó la copa sobre la mesita y se aproximó a la butaca sobre la que yacía el abrigo envuelto en el plástico transparente. Vaciló un instante y después, tomando suavemente como quien lleva a una mujer en brazos, se encaminó hacia encaminó hacia su habitación con pues, tomándolo suavemente como quien lleva a una recién casada en el dormitorio nupcial... Encendió las luces y, abriendo las puertas de un armario empotrado, colgó el abrigo de la barra sin despojarlo de su envoltura. Luego, volviendo a cerrar el armario, procedió a desnudarse y se acostó.

Tuvo un extraño sueño inquieto y lleno de pesadillas, y en cierto momento de la noche se despertó con el corazón latiéndole desbocado. Procuró tranquilizarse. No tenía idea de la hora que era y le dio pereza encender la luz para averiguarlo. Los latidos de su corazón e fueron normalizando poco a poco y el sueño iba invadiéndole de nuevo. Inconscientemente, su pensamiento voló hacia Mayra. La amaba desesperadamente, la necesitaba. Ojalá hubiera estado ella allí en aquellos momentos. Evocó su rostro amable, su delicioso cuerpo. Todavía podía sentirse su perfume entre las sábanas. Extendió el brazo hacia el lado que Mayra solía ocupar en la cama y sus dedos imaginaron su piel. Súbitamente, en el silencio de la noche se produjo un susurro y a continuación se oyó un fuerte golpe que le cortó la respiración El ruido pareció proceder del guardarropa, cuyos espejos de luna reflejaban débilmente la azulina claridad procedente de la noche exterior. Incorporándose en el lecho se calzó las pantuflas y se aproximó al armario. Abrió sus puertas. En el suelo yacía el abrigo de piel completamente extendido, como un cuerpo humano cubierto por un sudario de plástico. Oscar, tras un momento de vacilación, se agachó para recogerlo y comprobó que el gancho se había roto y la percha de madera se había astillado. Lo colgó en una que estaba vacante y cerrando de nuevo el armario, volvió a introducirse en la cama.

Se despertó sobre las nueve y media. El sol entraba a raudales por la ventana del dormitorio. Se notaba perfectamente descansado y con ganas de trabajar, pero intuía que había algo, una pequeña nubecilla, no sabía qué, que no le permitía sentirse completamente a gusto.

Se encaminaba hacia el cuarto de baño cuando lo vio. Yacía fuera de su funda sobre una de las sillas próxima a la cama. Permaneció unos segundos perplejo y rápidamente recordó que en el transcurso de la noche había tenido que levantarse a causa de la rotura de la percha, pero tenía la certeza de que había vuelto a colgarlo dentro del armario en vez de haberlo dejado sobre aquella silla. Lo colgó de nuevo y, mientras se duchaba, hizo memoria, pero ya no estaba seguro de si lo había guardado o no. Quizás había pensado en hacerlo, pero seguramente adormilado lo puso en la percha nueva y lo depositó donde lo acababa de encontrar. Nada de particular, se dijo sin mucho convencimiento.

El doctor Martín encendió un cigarrillo con fruición.
–Lo sé –dijo anticipándose–, pero es el primero del día, y al fin y al cabo usted es mi paciente, y no es quien para recriminarme.
–Todavía no he abierto la boca –repuso Oscar sonriente mientras se reacodaba en el diván.
–Lo he leído en sus ojos –continuó el doctor–, para algo me habían de servir en mis estudios de psicología.
Oscar permaneció unos segundos silencioso mientras retomaba el hilo de sus pensamientos. Después del fallecimiento de Laura decidió ponerse en manos de un psiquiatra y tomó contacto con el doctor Martín, al que estaba profundamente agradecido. Sus consejos, por una parte, y el hecho de haber conocido a Mayra le habían ayudado a recuperarse del duro golpe sufrido. Luego la costumbre hizo el resto, y ya le parecía imprescindible confesarse con su psiquiatra una o dos veces al mes.
En la agradable penumbra del consultorio, Oscar narró al doctor Martín la impresión de angustia que había experimentado con la llegada inesperada del abrigo.
–¿Cree usted, doctor –preguntó de pronto– que mi esposa al morir tenía perturbadas... Bueno, cree que murió loca?
El psiquiatra no mostró la menor sorpresa ante la cuestión.
–¿Qué importancia podría tener eso ahora? –se limitó a responder.
–Creo que no me reconoció, y sus reacciones eran las de un perturbado... Aunque dicen instantes antes de morir recobra uno la lucidez.
El doctor aspiraba con delectación el humo de su cigarrillo.
–No puedo responderle a esa pregunta. Sólo dispongo de los datos que usted me ha suministrado. Además, eso no debe preocuparle, se trata de un capítulo que ya ha finalizado. No obstante... –vaciló el médico.
–¿No obstante? –inquirió Oscar ansiosamente.
–La experiencia de la muerte debe ser tan traumática –continuó el doctor Martín– que si un hombre toma conciencia en sus últimos instantes de que su desaparición es cosa de segundos, no sería aventurado afirmar que ingresará en el más allá, si es que hay algo más allá, en pleno ataque de locura –sentenció mientras apagaba el resto del cigarrillo contra el cenicero.
–Usted ya sabe lo que me afectó la muerte de Laura, doctor. A veces me siento culpable de amar tan pronto a otra mujer.
–Ese sentimiento de culpabilidad –explicó el doctor Martín– irá desapareciendo con el tiempo.
Oscar permaneció silencioso unos instantes sin atreverse a continuar. El psiquiatra aguardó en actitud indiferente hasta que su paciente se resolvió a proseguir.
–Hay una cosa que nunca le he dicho a nadie, ni siquiera a usted –dijo cerrando los ojos con cierta turbación–. A raíz de la muerte de mi esposa estaba tan desesperado que recurrí a todos los medio para... acudí a sesiones de espiritismo con la esperanza de comunicarme con ella.
–¿Y eso le tranquilizó? –preguntó el psiquiatra ligeramente herido en su orgullo profesional.
–Al contrario, me destrozó los nervios, especialmente cuando uno de los espiritistas pronunció unas frases empleando el mismo tono de voz que el de Laura –prosiguió Oscar–. Me dijo: «Volveré, te lo juro, si hay algún camino volveré.»
El doctor Martín encendió un segundo cigarrillo a escondidas.

–Mi querido amigo, ese tipo de gentes posee unas dotes de intuición envidiables, y sin haber pasado por ninguna facultad, tiene un bagaje de conocimientos que acumulan en base a su experiencia. Usted con sus gestos y una conversación previa le dio con toda certeza la pista para que él le dijera lo que usted deseaba oír – continuó el médico consultando discretamente su reloj–. En cuanto al resto, el tono de voz, las inflexiones, y hasta el atisbo de algún físico, si este hubiera sido el caso, lo puso usted, es decir, el estado de hipersensibilidad en que se encontraba.
El psiquiatra se levantó y dio unos pasos por la estancia. Se aproximó a la ventana y descorrió las cortinas. La luz del día inundó la consulta.
–Proseguiremos el viernes –sentenció como quien aplaza para otro día la continuación de un serial radiofónico.

Cuando Oscar volvió a casa advirtió que la asistenta todavía no se había marchado.
–Buenos días, señor, estoy a punto de terminar –Marta se afanaba en dejar relucientes las baldosas de la cocina–. Hará una hora telefoneó la señorita Mayra, dijo que pasaría por aquí sobre las dos.
Oscar le dio las gracias por el recado y se dirigió al dormitorio. Sentándose en el lecho se despojó de la chaqueta y marcó el número de Mayra. Nadie respondía; seguramente estaría ya de camino. Mientras aguardaba unos segundos más para darle tiempo a contestar, caso de que su novia estuviera alejada del teléfono, sus dedos jugueteaban con la ropa de la cama. le pareció que una voz susurraba en le teléfono: «Oscar», pero el teléfono continuaba sonando en casa de Mayra. Repentinamente advirtió que sus dedos tocaban algo cálido y resbaladizo. Se levantó bruscamente dando un fuerte empellón al teléfono que fue a parar al suelo y se alejó unos pasos de la cama. Extendido sobre el lecho se hallaba el abrigo de pieles, sobre el cual se había sentado inadvertidamente.
–¡Marta! –gritó con la voz empañada por un temblor mezcla de ira y de miedo.
La asistenta se presentó casi de inmediato en la puerta del dormitorio.
–¡Maldita sea!, Marta. ¿Quién le ha mandado a usted a sacar el abrigo y extenderlo sobre la cama? –preguntó desabrido.
–Perdone señor –respondió la asistenta algo turbada al ver la expresión de Oscar–. Estaba limpiando los armarios y cuando lo vi me di cuenta de que olía a tintorería. Lo hubiera sacado al balcón, pero como había gente enfrente...
Sonó el timbre de la puerta.
–Yo abriré –anunció Oscar secamente–. Haga el favor de guardarlo donde estaba.

Oscar se encaminó hacia la puerta de entrada. En el pasillo se encontraba Mayra con aire risueño.
–Sorpresa –dijo sonriente
Su gesto cambió al ver que Marta salía secándose unas lágrimas y se encaminaba hacia la cocina.
–¿Qué le ocurre, Marta? –preguntó.
La asistenta no respondió y al cabo de unos instantes salió de nuevo ya con su abrigo puesto.
–Lo siento, Marta, perdone. Ha sido culpa mía –dijo Oscar.
–Hoy está insoportable –se quejó la asistenta dirigiéndose a Mayra mientras abría la puerta del apartamento–. Buenos días, señorita –dijo al salir.
Mayra se volvió hacia Oscar sonriéndole.
–¿No habrás intentado violarla en tu dormitorio/

–Por favor, Mayra.
–Está bien, si soy inoportuna dímelo. Esta mañana hemos hecho fiesta y pensé que podríamos comer juntos –explicó la joven.
La expresión de Oscar se fue dulcificando. Se aproximó a la muchacha y la besó con cierta desesperación.
–Me alegro que hayas venido –le dijo–. Vámonos a algún restaurante cerca de la playa. Un sitio en el que no haya mucha gente.
–Eso ya es otra cosa. Dame un minuto para retocarme el maquillaje –pidió.
Mientras Mayra entraba en le dormitorio, Oscar casi se abalanzó hacia el bar, y sacando una botella de whisky se sirvió un buen trago que bebió con ansiedad. De pronto se oyó un alarido procedente de la otra habitación. Oscar arrojó la copa y corrió al dormitorio. Mayra se encontraba ante el armario entreabierto. En su rostro había un gesto de dolor y su mano derecha estaba aparatosamente ensangrentada.
Oscar corrió hacia ella y cerró la puerta del armario de un empujón a riesgo de romper el espejo.
–¡Dios mío! –exclamó.
Condujo a Mayra al cuarto de baño y extrayendo algodón y antisépticos de un armarito procedió a curar la herida y a cubrirla con vendas.
–¡Cielos! ¡Parece como si un animal te hubiera mordido! ¿Qué has hecho?
–Nada de particular –dijo Mayra lastimeramente–. He querido ver el abrigo a la luz del día –continuó–. He sentido como si un bicho me clavara los dientes.
–¡Maldito abrigo! Lo voy a destruir.
–¿Estás loco? –exclamó Mayra–. Lo que tienes que hacer es no dejar en el armario cosas punzantes.
Cuando Oscar terminó de vendar la herida pasaron al dormitorio. Uno de los espejos de los espejos del armario aparecía con manchas de sangre. Mayra lo abrió y ante los ojos de ambos apareció el abrigo de visón. Una de las mangas estaba manchada también con sangre. Justo al lado del abrigo colgaba una percha astillada.
–Ha sido esa percha –dijo la muchacha–. Me la he clavado hasta el alma –y fijándose en el abrigo lamentó–: ¡Oh, cuánto lo siento, le he manchado también!

De camino hacia el restaurante de la playa, Oscar insistió en detenerse un momento ante una ferretería, y al cabo de un rato salió cargado con un gran envoltorio que guardó en el maletero del coche sin decir palabra.
–No imagino qué clase de regalo vas a hacerme –ironizó Mayra.
–No es un regalo, es... una cosa que me hace falta –repuso Oscar.
–¡Ah!, una cosa... ahora está más claro, una cosita, ¿con qué letrita?
–¿Qué?
–Ya que no me lo dices, por lo menos déjame adivinarlo –propuso la muchacha empezando a perder la paciencia–. ¿Con qué letrita?
–Con uve –repuso Oscar, ausente, contemplando fijamente la carretera.

Eran ya cerca de las once de la noche cuando volvían a casa. Oscar encerró el coche en el garage y sacó el paquete del maletero.
–¿Por qué no te quedas un rato? –preguntó mientras tomaban el ascensor hacia el departamento.
Mayra le miró sorprendida.

–Pensaba hacerlo –respondió–. A no ser que lo que ocultas en ese misterioso paquete sea una muñeca hinchable.

El dormitorio estaba en una agradable penumbra. Mayra advirtió que, a pesar de los evidentes esfuerzos para aparentar lo contrario, su amante se hallaba a miles de kilómetros de allí. Sus besos eran gélidos, sus gestos un tanto mecánicos. Una o dos veces Oscar, interrumpiendo el amor, se incorporó en el lecho y pareció aguzar el oído como si escuchara algo. En cierto momento se levantó sin decir palabra y saliendo hacia el comedor regresó al poco con el paquete de la ferretería. Mayra se incorporó y encendió un cigarrillo mientras observaba pacientemente el ir y venir de su amante. Este comenzó a deshacer el envoltorio.

–«Bueno» –se dijo–. «Por lo menos veremos la cosa misteriosa.»

Cuando Oscar terminó de desliar el paquete Mayra lanzó una exclamación de sorpresa.

–¡Pero si es una ratonera! –exclamó–. ¡Una ratonera gigante!

Oscar no respondió y volvió a salir del dormitorio. Mayra fastidiada ironizó.

–Si me encuentras monótona podías habérmelo dicho. ¿No es un poco pronto para recurrir a estas fantasías?

El no respondió, y al momento entró con algo en la mano que depositó dentro de la trampa.

–Carne –dijo asqueada la joven–. Yo creí que solía ponerse queso –y continuó fumando resignadamente.

Oscar abrió el armario con precaución y casi arrojó dentro la ratonera en lugar de depositarla, hecho lo cual volvió a la cama. Miró a Mayra y sonrió ligeramente.

–Era necesario –dijo–. Para mi tranquilidad. Ahora vamos a hacer la prueba. –Y abrazó a Mayra estrechamente.

La muchacha no le rechazó, pero se mantuvo inerme.

–Querido –comenzó a decir–, creo que deberías ver mañana al doctor Martín. Estás demasiado nervioso.

–¡Te quiero, Mayra, te deseo! –dijo Oscar en voz alta y volviendo la cabeza en dirección al armario.

–Yo también...

–¡Calla! –interrumpió él–. Escucha.

En efecto, desde las profundidades del armario llegaban unos ruidos como de pisadas de animales pequeños. Oscar sonrió extrañamente y besó fuertemente a la joven manteniendo los ojos abiertos. De pronto el silencio fue interrumpido por un chasquido al que siguieron chillidos de animal apresado en una trampa. Oscar corrió hacia el armario, y abriéndolo con precaución, extrajo la ratonera con aire triunfal. En su interior un animal se debatía con estertores de muerte.

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Mayra–. ¡Una rata!

–No es una rata, amor, es algo cuyo nombre comienza por uve. ¿Recuerdas? ¿No reconoces a este salvaje y apreciado animalejo? Es un visón.

–¿Un visón? A mí me parece una rata repugnante. ¡Apártala de mi vista!

–Nos odia, Mayra, y está loca –dijo Oscar.

–¿Qué dices?

–Cuando Laura estaba a punto de morir yo le pedí incesantemente que volviera... y murió loca –prosiguió.

Mayra se vistió rápidamente y volvió de la cocina con un vaso de agua. Revolvió en su bolso y ofreció a Oscar unas pastillas en la palma de la mano.

–¿Qué es eso?

–Nada, un tranquilizante.
–¿Me dará sueño? No puedo dormirme esta noche.
–Sólo te dormirás si tú lo quieres –mintió Mayra–. Anda, tómatelo. Me quedaré contigo hasta mañana.
Oscar tomó las pastillas y después bebió un sorbo de agua.
–No dejes que me duerma –le advirtió.
–Descuida. Vamos a acostarnos –dijo la joven.
–Está bien, pero yo no pienso dormir. Voy a armar la ratonera primero.

El reloj de pared de algún apartamento dio las dos de la madrugada. Mayra se levantó con precaución y comenzó a vestirse. Oscar dormía profundamente por efecto del somnífero que ella le había proporcionado. La muchacha sabía por experiencia que no se despertaría hasta bien avanzado el día siguiente, y antes de que eso ocurriera ella estaría de vuelta para advertir a la asistenta y acompañarle al psiquiatra.

Procurando hacer el menor ruido posible salió del dormitorio cerrando la puerta tras sí. Ya en el comedor tuvo una idea y escribió una nota para que la asistenta no entrara en el dormitorio si acaso llegaba muy pronto. Acto seguido abandonó el apartamento.

El reloj de pared volvió a sonar anunciando alguna media. Oscar, profundamente dormido, ni siquiera había cambiado de posición desde que Mayra se había ausentado. El dormitorio permanecía a oscuras, aunque una débil luz se filtraba a través de las cortinas de la ventana, indicio de que la Luna estaba en avanzado cuarto creciente. Oscar se estremeció ligeramente en su pesado sueño y musitó: «Mayra...». La puerta del armario se abrió con un leve crujido. Los espejos de luna reflejaron un instante de claridad procedente del exterior. Se escuchó un ruido como si cientos de patitas se movieran nerviosamente. Luego un golpe seco. La puerta se entreabrió un poco más y una densa sombra salió del armario y comenzó a reptar lentamente en dirección a la cama. Una risa ahogada, un murmullo apagado o quizá el monótono goteo de un grifo: «plop... plop... plop... te amo... te odio... te amo... te odio... te odio...»

La policía se presentó en la casa alrededor de las ocho y media. La asistenta no había leído la nota y se encontró con el espeluznante espectáculo. El cuerpo ensangrentado de Oscar yacía sobre la cama acribillado por innumerables pequeñas heridas, casi como mordiscos, comentó un policía. La desgraciada víctima yacía de bruces, estrechamente abrazado a un abrigo de visón, una de cuyas mangas le rodeaba rodeaba holgadamente el cuello como en un abrazo. Hasta que no llegó el forense y no se dio la vuelta al cadáver no advirtieron que el cuerpo no estaba completo. El resto fue encontrado en una ratonera dentro del armario empotrado.

POST: La edición original del cuento poseía varios errores (tipográficos, gramaticales, ortográficos y de concordancia). He cambiado los más evidentes (como «que le corte la respiración» por «que le cortó la respiración» , «sinriente» por «sonriente», etc.) pero hay otros que quizá se me hayan escapado.